

SILVIO MATTONI



© Cecilia Pacella

Nació en Córdoba, en 1969. Ganó el concurso de poesía Enrique Pezzoni (1992) y la beca Guggenheim (2004). Ha publicado: *El bizantino* (1994), *Tres poemas dramáticos* (1995), *Sagitario* (1998), *Canéforas* (2000), *El país de las larvas* (2001), *Hilos* (2002), *El paseo* (2003), *Poemas sentimentales* (2005) y *Excursiones* (2006), poemas; y *Koré* (2000) y *El cuenco de plata* (2003), ensayos.

Paseo

Las ruedas del carrito giran con firmeza,
a pesar de que los chinos laboriosos
habrán tenido que resignarse al plástico
industrial. Vamos callados los dos,
pero la nena observa con detenimiento
las personas que aparecen, los perros,
y saluda o señala de acuerdo a la mirada
que descubre en sus ojos. Yo camino
pensando en los poemas que me libren del mal
y que no llegan nunca. Lo que falta es la fe,
decía Hegel. A veces uso frases
para estimular los oídos de la beba
con palabras que no podrá decir.
Si ella pudiera recordar, contar
este paseo cuando sea grande,
¿encontrará un indicio de inmortalidad?
Mi cerebro titila hace unos días
y confirma mi idea más antigua,
la primera memoria: alguna vez
se apagará el arroyo de palabras,
se cortará la luz y no habrá sueños.
¿No es posible recobrar la alegría
antes de cualquier libro? ¿Dónde
escondí los detalles de mi primera infancia?

Muchas baldosas rotas, mínimas obras
abandonadas por la mano alegórica
del tiempo. Con el pie derecho empujo
el eje trasero del coche y saltamos
sobre los obstáculos. En seguida llegamos
a la vereda lisa de la iglesia:
la regularidad de las estrías
produce un traqueteo que nos gusta.
El ritmo de dos torres de cemento
dispersa diagonales que cortamos
con nuestras ocho ruedas. ¿Será neogótico
ese anhelo precario de levantar la cruz
en una aguja de hierro? «Bu, bu, bu»,
tu dedo índice señala un perro
y te das vuelta para compartirlo.
Tenés razón: en estas construcciones
no hay sentido ni estilo. Pero un cuerpo
humano o animal se da con gracia
destacada sobre las casas bajas y los pobres
intentos de hacer algo duradero.
Justo enfrente del atrio, no pude evitar ver
un pichón aplastado pululando de hormigas.
No te lo muestro, ni lo verías, sólo
te interesa lo vivo. De un altísimo nido,
¿lo tiró un accidente o fue expulsado?

Las megalomanías me acompañan
como si todo el tiempo fuera mío.

Soñé que estaba en un país lejano
y junto a dos amigos, que no puedo
reconocer, cazábamos ranas arborícolas.
Brillaban verdes, intensas, en las ramas
más altas de unos ficus, unos siempreverdes,
paraísos y plátanos, con largas cañas
las bajábamos. La bolsa estaba llena,
pero no se movían, eran un alimento
pacífico, como frutas. ¿Soñás
vos con perros, caballos, gatos,
o te acordás de los sapitos en el campo
y la alegría, los saltos que te contagiaban?
Son como versos, creo, uno los pesca
pero no los inventa. «¿Dónde está el ‘po’?
¿A dónde están los ‘po’ escondidos?», te digo.
Y te das vuelta y contestás: «Po, po...»
Para que riéndonos busquemos juntos
a esos misteriosos saltarines que no viven
en este barrio. Pero si a la noche
nos iluminan titilando, croan
a nuestro lado mientras caminamos,
¿cómo es posible que no existan? Te digo:
vas en el coche, recostada, tranquila,
pero sabés que todo es un trayecto
entre cosas y seres que de pronto
dejamos atrás para poder besar
y comernos su luz en la memoria.

En el ángulo opuesto de la iglesia, el cilindro
que se eleva con sus almenas de juguete,
rosas y blancas, reza: *Turris Davidica*.
¿Habrá una construcción veterotestamentaria
que selló el voto de la orden imperante
en esta manzana del barrio? Seguimos,
cruzo la calle para ver a los santos
de cemento, estirados en sus ojivas
que simulan materiales nobles. ¿Los ves?
No, estás llamando a un tótem emplumado:
«cuá, cuá...» Y una paloma asustada que vuela
como si en su primer forma los patos
pertenecieron al cielo hasta que el agua
los obliga al reposo, a la resignación.
¿Sabrán los santos flacos, como figuras
sin conciencia influidas por Giacometti,
que nunca en estas tierras hubo fe,
ni edad media, milagros, casi nada
entre el vacío y la escisión cumplida?
Para vos sí, hay algo, te señalo
el gris ceniza de unas alas que se aquietan
sobre un paraíso. Las ves, de nuevo: «cuá».
Tu dedo índice y tus labios abiertos
en la dichosa sílaba le agregan al pastiche
el milagro más cierto, sin historia.

Hay una música en nuestra caminata:
con las baldosas rotas bajo las ocho ruedas,
el coche un poco avanza y otro poco se frena.
No tenemos secreto para los versos blancos
que decolora el tiempo. Ahora compremos
un cuarto de pan criollo, cuando crezcas
te harán reír de tu ciudad. Una casa
de mil novecientos doce corta el ritmo
de cubos y de prismas: ¿te interesan
las caras moldeadas en cornisas
coronadas de acantos excesivos? Parece
abandonada, sin duda que sus dueños
la usan para vivir y no la miran.
Hay otra música en tus breves sílabas:
a baldosas estriadas, ruedas lisas,
la casa se demora a tus espaldas.

Saludás con la mano a los que pasan.
Yo acompaño tu gesto con mi mueca
de vecino dichoso, aunque discreto. Allá,
desde la esquina el ángulo del ojo
ve a una mujer joven que se acerca.
No le miro la cara hasta que siento
sin ver tu consentimiento, tu risa
dirigiéndose al mundo debajo de los rulos
castaños. Fijo en el rostro el centro
de mi atención y pienso: no hay codicia

real en la curiosa búsqueda
de una belleza que no va a durar.
Digo: «¡Hola!», muestro un diente, es tu maestra
jardinera. Ha terminado su horario
de trabajo y corre perseguida, escapándose
de un sátiro invisible que encontrará después,
cuando sea ninfa nocturna y se pinte los labios.
Pasó a nuestro lado. ¿Tendrás vos
que cuidar bien tu pelo y tener pasos
de animalito que atraviesa un bosque
de ojos? Pero me gusta agregarte
una precisa inteligencia que ojalá
te haga amiga de Diana y te dé flechas.
Ahora me callo, porque en ese mundo
no voy a estar. Ni volverá este instante
que en el futuro dicta sus palabras.

Vamos hacia la plaza. Siempre hay algo
para colmar tu alegría de mínimos índices
que dibujan una palabra no sabida.
Perros grandes que corren como tropas
de un ejército sin jefe, juguetes
de los organizados hombrecitos
que se hamacan furiosos. Mirá
las artesanías falsas, los autos y motos
a batería, el que alquila
una pelota y la ilusión de un arco

que ya ha sido vencido. En el extremo sureste de la plaza, si es correcta la información del sol, unas estatuas de yeso nos esperan. ¿Qué remotas manos habrán pensado, en qué momento de la historia, en hacer un Moisés tamaño enano, una Venus que sale sin color, como tiza, del hormigón que forma cuadros para imitar baldosas? Me gusta la que tiene un pecho erecto afuera de la túnica, el pelo recogido, y supongo que es Diana, desarmada. No tenemos jardín ni religión. ¿Dónde pondría ese yeso para ver cómo oscurecen los años el blanco? Empujo el coche, hago una reverencia con la vista, saludando a la diosa y ayudando a tu dedo que la llama. En poco tiempo, pasearás entre los árboles, subirás al tobogán, tendrás la risa devuelta en la mirada de los otros. No te olvides de mostrarle a tu diosa, que estará oculta en vos antes del habla, las raíces enormes del ombú, decile o decite a vos misma: «este gran pulpo es mi planta sagrada de una tarde».

En el camino de regreso, pienso
en la pintura que se está formando
a pocas cuadras: la mano de mi amigo
pone un color que saca con el dorso,
pero deja el vestigio casi verde
de un río en la llanura anaranjada.
San Cristóbal, gigante, lleva a un chico
que parece un muñeco sobre el hombro,
y un bastón en la mano. Un solo paso
se hundirá en el agua, el pie derecho
tocará la otra orilla. Como a vos,
el movimiento hará reír al niño.
Pero no todavía. De repente,
la calle se hace río y los autos son bestias
veloces, que amenazan nuestro carro
frágil en el cordón de la vereda.
Tranquilamente cruzo, tu alegría
entrebrea la corriente, paraliza la espuma.
No soy un santo, ni vos sos una diosa,
literalmente hablando. Y algún día
no pisarán nuestros pies el suelo que nos ama.
Pero en este momento sos eterna,
y dejo mis palabras para subir al cielo
colgado del carrito azul marino.

Hablan, gritan, se ríen, te saludan
tus hermanas mayores. «Acá estamos»,
les digo y vos entrás con tu dudoso paso
a buscar un juguete, alguna cosa
que cambia de lugar. «¿Adónde fueron?»,
me preguntan. «A caminar», contesto.
Si menciono la plaza habrá un reproche
bien merecido. Desde el segundo patio
viene un rostro italiano, un cuerpo pequeño
con hombros anchos, cuello fino. «¿Quién es?»,
pregunto acompañándote, mirando
el pelo recogido de color naranja
donde el sol se detiene a darle un beso.
Es tu mamá, pero es también la causa
de mi felicidad, de este poema
que ahora se acaba porque hablé con ella
y el día se atesora. Dice: «nada es eterno,
pero hay tiempo y deseo todavía».